

CAY RADEMACHER

# El asesino entre los escombros

Hamburgo, 1947

*Traducción:*

LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

*Para Françoise y nuestros tres hamburgueses:  
Léo, Julie y Anouk*

## Frío despertar

*Lunes, 20 de enero de 1947*

Medio dormido, el inspector jefe Frank Stave busca con el brazo el cuerpo de su mujer hasta que recuerda que murió hace tres años y medio en el incendio. Aprieta el puño y luego aparta la manta. El aire helado disipa los últimos velos de la pesadilla.

Una penumbra gris se cuele por los resquicios de las cortinas de tela adamascada que Stave recuperó entre los escombros de la casa de al lado. Desde hace cinco semanas, cada noche las clava en el marco de la ventana con unas cuantas chinchetas que ha conseguido en el mercado negro. Los cristales son como de papel de periódico y una capa de hielo los blindo por el interior. Stave teme que cualquier día puedan hacerse añicos bajo el peso de los témpanos. Una preocupación absurda: las ondas expansivas de las incontables bombas que cayeron y estallaron ya hicieron vibrar las ventanas, pero ninguna llegó a romperse.

A causa de la congelación la manta se adhiere a la pared en algunos puntos. Tan gruesa es la capa de escarcha de las paredes que, en el empañado resplandor del amanecer, parece que la habitación esté recubierta de callosidades. Por debajo se adivinan las líneas de un papel pintado cuyo estampado fue moderno en 1930, y un enlucido lleno de manchas que en algunas esquinas ya no es más que el muro desnudo, hecho de ladrillos negros y rojos con mortero gris claro.

Stave camina despacio hasta la diminuta cocina; el frío de las baldosas del suelo le atraviesa las plantas de los pies aunque lleva puestos un par de calcetines viejos. Toquetea con dedos rígidos

la cocina hasta que en el pequeño horno cilíndrico se encienden unas llamas. Apesta a abrillantador quemado porque la madera con la que alimenta la cocina fue una oscura cómoda de dormitorio en el edificio de al lado, al que una bomba alcanzó el verano de 1943.

Stave piensa en ella como en «la» bomba. La bomba que le quitó a su mujer.

Mientras espera a que se derrita un bloque de hielo en el viejo hervidor de la Wehrmacht\* que ha puesto sobre el hornillo y la casa entre un poco en calor, se quita su viejo jersey de lana y el equipo de entrenamiento de la Policía, las dos camisetas interiores y los calcetines con los que ha dormido. Los va dejando con cuidado sobre la silla coja que hay junto a la cama. Como solo le suministran 1,95 kilovatios de electricidad al mes —una valiosísima energía que reserva para la placa eléctrica y la cena—, no enciende ninguna luz. Además, siempre deja la ropa siguiendo un mismo orden para poder vestirse a oscuras sin dificultad.

Con un poco de agua, todavía fría como si bajara de un glaciar, se salpica la cara y el cuerpo, donde las gotas le quemán. Stave tiritita sin querer. Después se pone camisa, traje, abrigo y zapatos. Se afeita casi sin luz, cauteloso, lento, porque no hay espuma y la cuchilla está ya mellada. Las nuevas, si es que llegan, tardarán todavía unas semanas en estar disponibles con la cartilla de racionamiento. Mientras tanto, deja que el resto del agua siga calentándose en la cocina.

A Stave le habría gustado tomar café de verdad, como antes de la guerra, pero solo tiene sucedáneo. Un brebaje gris e insípido que obtiene tras verter unos polvos en el agua tibia. Le añade también un par de bellotas ralladas, tostadas hace varios días, para darle por lo menos un poco de amargor. Dos rebanadas de pan moreno algo reseco para acompañar. El desayuno.

---

\* En alemán, «Fuerza de Defensa». Es el nombre de las fuerzas armadas unificadas de la Alemania nazi. (*N. de la T.*)

El café que le quedaba lo cambió ayer en la estación central por un par de informaciones inútiles. Es inspector jefe de la Policía: un cargo introducido por los funcionarios de la ocupación británica y que a Stave siempre le chirría, porque él creció con títulos como los de «inspector criminal» o «jefe de guardias».

El sábado pasado atrapó a dos asesinos, dos refugiados de la Prusia Oriental metidos a estraperlistas. Habían estrangulado a una mujer que les debía dinero y luego la habían tirado a un canal lastrada por un bloque de hormigón de una casa en ruinas. Les había costado mucho trabajo romper antes la capa de medio metro de hielo que cubría el agua para después hundir en ella a su víctima. Por desgracia, no conocían las mareas..., y no sospechaban que, con la bajamar, el cadáver quedaría expuesto a la vista de todos en el lodo del fondo, bajo un hielo convertido en lente de aumento.

Stave identificó enseguida a la mujer, averiguó con quién se la había visto por última vez y detuvo a los criminales cuando aún no habían pasado ni veinticuatro horas.

Después, como todos los fines de semana en que las investigaciones le dejan un poco de tiempo libre, se acercó hasta la estación central y se perdió en el inacabable hormiguero de gente de los andenes para intentar sacarles información a los soldados que regresan a casa y a los habitantes de Hamburgo que abarrotan los trenes intentando huir al extranjero. Con susurros, con titubeos, preguntó por un tal Karl Stave.

Karl, que en abril de 1945, con diecisiete años, cuando todavía iba al instituto, se había alistado voluntario en una unidad del Frente Oriental que en aquellos momentos ya había llegado a las afueras de Berlín. Karl, que había perdido a su madre y consideraba a su padre un «tibio», un «antialemán». Karl, del que no se sabía nada desde la batalla por la capital del Reich; que era un fantasma en esa tierra de nadie entre la vida y la muerte; que podía haber caído, podía ser un prisionero de guerra en

manos del Ejército Rojo, podía haber huido a algún lugar, vivir en la clandestinidad, con un nombre falso. Pero, de ser así, ¿no se habría puesto ya en contacto con su padre, a pesar de sus desavenencias?

Stave se paseó un poco por la estación, habló con figuras demacradas envueltas en abrigos demasiado grandes, hombres con cara de rusos a quienes enseñaba una fotografía ajada de su chico. Ademanos negativos con la cabeza, gestos cansados. Por fin uno que afirmaba saber algo. Stave le ofreció el poco café que le quedaba y así supo que había un Karl Stave en Vorkutá, un campo de castigo, o por lo menos alguien que podría haberse parecido una vez al joven de la fotografía, que se llamaba Karl de nombre de pila, puede, y que seguía encerrado allí dentro, puede, aunque tal vez no.

Tres golpes repentinos en la puerta sobresaltan a Stave y ponen fin a su ensimismamiento. El inspector jefe ha desenroscado el fusible del timbre. Así se ahorra unos cuantos milivatos de electricidad.

Por un momento tiene la absurda esperanza de que pudiera ser Karl el que llama a esas horas de la mañana, pero enseguida se reconviene: No te hagas ilusiones, se advierte.

Stave tiene cuarenta y pocos años y está muy delgado. Tiene los ojos de un azul grisáceo, pelo rubio y corto en el que ya empiezan a asomar las primeras canas. Se apresura a la puerta. Le duele la pierna izquierda, como siempre en invierno, por el tobillo que tiene rígido desde que se hirió aquella noche de 1943. Cojea un poco a pesar de que lucha contra esa tara con una rabia encarnizada, a pesar de que se obliga a correr, a hacer estiramientos, e incluso –cuando los Schulz, los del piso de abajo, no están en casa– a saltar a la comba.

En el umbral aparece un agente municipal con su chacó, ese alto sombrero protector de forma cilíndrica, y en un primer momento Stave no ve nada más de él. Toda la escalera está a oscuras desde que alguien robó las bombillas de los apliques. El agente debe de haber subido los cuatro pisos a tientas.

—Buenos días, inspector jefe —dice. Tiene una voz joven que tiembla un poco a causa de la agitación—. Hemos encontrado un cadáver. Debe acompañarme enseguida.

—Perfecto —repite Stave mecánicamente antes de darse cuenta de lo poco oportuno de su respuesta.

¿Sentimientos? En los últimos años de la guerra ha visto demasiados cuerpos mutilados, entre ellos el de su propia mujer, como para que le siga impresionando la noticia de que han asesinado a alguien. Excitación, eso sí: la excitación del cazador ante el rastro fugaz de un animal salvaje.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunta al policía mientras se echa encima el pesado abrigo de lana y alcanza el sombrero.

—Ruge. Agente municipal Heinrich Ruge.

Stave se fija en el uniforme azul, la placa metálica con sus números en el lado izquierdo del pecho. Otra novedad de los británicos que todos los policías alemanes detestan: ese número de cuatro cifras sobre el corazón. Una diana reluciente para cualquier delincuente armado. El agente, al que el uniforme le va enorme, está flaco y es muy joven; no debe de ser mayor que el hijo de Stave.

Tras el inicio de la ocupación en mayo de 1945, los británicos despidieron a cientos de policías: a todo el que estuviera en la Gestapo, que tuviera un alto cargo, que hubiera sobresalido de alguna forma en el terreno político. Hombres como Stave, a quienes el antiguo régimen había considerado «de izquierdas» y había neutralizado en puestos insignificantes, son los que se han quedado. También han reclutado a nuevos agentes, jóvenes como ese tal Ruge que todavía no saben nada de la vida y menos aún del trabajo de la Policía. Ocho semanas de formación, un uniforme y a la calle. Principiantes que no tienen más remedio que aprender durante el servicio lo que implica ser un agente de la ley. Entre ellos, fanfarrones que nada más ponerse el uniforme se dedican a maltratar a los ciudadanos y que se pavonean

entre los edificios en ruinas como si fueran jinetes de una caballería prusiana de pacotilla. También personajes de dudosa reputación que ya antes, durante la República de Weimar y el Reich, eran habituales de las comisarías..., solo que no estaban tras las mesas, sino dentro de las celdas.

—¿Un cigarrillo? —dice Stave.

Ruge duda un momento y después acepta el Lucky Strike que le ofrece. Es lo bastante listo como para no preguntar de dónde ha sacado el inspector jefe ese tabaco yanqui.

—Tendrá que encenderse el pitillo usted mismo —añade Stave, disculpándose—. Ya casi no me quedan cerillas.

Ruge se lo guarda en un bolsillo del uniforme. Stave se pregunta si el joven se lo fumará más tarde o lo usará como moneda. Aunque ¿qué comprará con él? Entonces se llama al orden: Siempre sospecho de todo el mundo.

Stave ya está listo. Se vuelve a medias hacia la puerta, pero entonces se acuerda de la pistolera que cuelga de un gancho junto a la entrada. El agente lo observa mientras él se pasa la correa de cuero por el hombro y se ajusta la pistola FN 22, calibre 7,65 milímetros. Los agentes de la Policía Municipal llevan en el cinto una porra de cuarenta centímetros; no tienen armas de fuego. Los británicos las han confiscado casi todas, incluso las escopetas de aire comprimido de las casetas de feria. Solo a unos cuantos agentes de Investigación Criminal se les permite ir armados.

Ruge parece ponerse más nervioso aún. Stave piensa que tal vez sea porque intuye que la cosa va en serio. Aunque quizá sea porque a él también le gustaría llevar pistola. Enseguida ahuyenta esos pensamientos.

—Vamos —dice, y sale a tientos al descansillo—. Cuidado con los escalones; es fácil resbalarse, y hoy ya tengo un cadáver con el que apечugar.

Los dos hombres bajan como buenamente pueden. Stave oye en cierto momento que el joven municipal suelta un taco en voz



baja, pero no sabe si es porque ha resbalado o si es que ha tropezado con algo. Se conoce hasta el último escalón chirriante y encontraría la barandilla hasta en la más completa oscuridad.

Salen fuera. El apartamento de Stave da a la fachada, es el que queda más a la derecha en la última planta de ese edificio de cuatro pisos de Ahrensburger Strasse: de estilo modernista y muros revocados de blanco y malva, aunque los colores ya no se distinguen bajo la capa de mugre. La fachada está ornamentada con ventanas altas y blancas, y en cada apartamento hay un balcón con una barandilla ondulante de piedra coronada por hierro forjado. Una casa que no está mal. El edificio de dos números más allá es parecido, solo que de un color más claro. El que había entre ambos también era una construcción similar, pero allí solo quedan en pie un par de muros, muñones de ladrillo y cascotes, vigas carbonizadas, un tubo de estufa tan atascado entre los escombros que por el momento no ha habido saqueador capaz de robarlo.

El antiguo hogar de Stave. Durante diez años vivió allí, en el número 91, hasta esa noche en que las bombas cayeron y se llevaron las casas: una aquí, otra allá, dejando huecos en las filas de edificios como agujeros en una dentadura mal cuidada.

¿Por qué el número 91, pero no el 93 ni el 89? De nada sirve preguntárselo. Y, sin embargo, Stave lo piensa cada vez que sale del edificio. También recuerda cómo sacó a su mujer de entre los escombros, o, mejor dicho, lo que había quedado de su cuerpo. Después alguien, no llegó a saber quién –lo cierto es que no tiene un recuerdo muy claro de toda aquella semana del verano de 1943–, le ofreció el apartamento del número 93. ¿Dónde estarían las personas que habían vivido allí? Se había obligado a no pensar en eso.

–¿Inspector jefe?

Stave oye la voz de Ruge como si llegara de muy lejos. Después, la sorpresa: ante él tiene un coche patrulla, uno de los cinco vehículos que le han quedado a la Policía de Hamburgo.

–A esto sí que lo llamo yo un lujo –murmura.

Ruge asiente con la cabeza.

—Tenemos que darnos prisa antes de que alguien se entere de algo. —A Stave le parece que lo dice con excesivo orgullo.

Abre entonces la puerta del Mercedes Benz de 1939. Ruge no ha dado muestras de tener intención de hacerlo por él. En lugar de eso, rodea la aparatosa mole del coche y se sienta al volante.

Arranca y avanza en zigzag. Antes de la guerra, Ahrensburger Strasse era una calle recta de cuatro carriles, demasiado ancha; los edificios y los árboles que la flanqueaban, demasiado bajos para un bulevar tan ostentoso, pero en fin... Ahora solo hay escombros en la calzada: fachadas que se derrumbaron hacia delante como soldados caídos, chimeneas, montones de cascotes indescifrables. También cráteres de bombas, grietas, cadenas de tanques, tocones de árboles carbonizados, dos, tres coches accidentados e incendiados.

Ruge va esquivando los obstáculos. Demasiado deprisa, le parece a Stave, pero el joven está emocionado. Las farolas, las que siguen en pie, no funcionan. El cielo se cierne bajo y por Ahrensburger Strasse silba un gélido viento del norte. La luna trasera del viejo Daimler debe de estar resquebrajada por algún sitio, porque el temporal de aire siberiano se cuele en el interior desde atrás. Stave se sube el cuello del abrigo porque está helado. ¿Cuándo fue la última vez que sintió calor?

Los faros del coche se deslizan sobre cascotes marrones. A uno y otro lado de la calle ya hay personas que vagan como almas en pena a pesar de lo temprano que es y de estar a veinte grados bajo cero: hombres enjutos con abrigos de la Wehrmacht teñidos de otro color, espectros con una sola pierna envueltos en harapos, mujeres que se han echado la bufanda de lana sobre la cabeza para cubrirse también la cara, cargadas con cestos y latas... Más mujeres que hombres, muchas más.

Stave se pregunta adónde irán a esas horas. Las tiendas, si es que alguien consigue algo con la cartilla de racionamiento, solo abren entre las nueve y las tres para ahorrarse la electricidad de la iluminación.

En Hamburgo viven casi un millón y medio de personas. Cien mil murieron en la guerra o durante los bombardeos, muchas otras fueron evacuadas al campo. Pero la ciudad está llena de refugiados y también de aquellos que se conocen como DP, *Displaced Persons*, desplazados: presos liberados de los campos de concentración y prisioneros de guerra, sobre todo rusos, polacos, judíos que no quieren o no pueden regresar a su patria. Oficialmente viven en campamentos que les han construido los británicos, pero muchos prefieren echarse a las calles de la devastada metrópoli del Elba.

Stave mira por la ventanilla. Ve las formas irregulares de una casa derrumbada y muros como los de unas ruinas medievales, solo que más estrechos. Detrás de ellos, más muros todavía, y otros más, y más aún. Se tardarán cien años en reconstruirlo todo, piensa. Entonces se sobresalta.

—Uno Peter. —Una voz metálica que se oye por encima del motor ronco de ocho cilindros. La radio.

Hace un año que los británicos permiten a la Policía emitir desde la Central del ayuntamiento con los viejos aparatos de Telefunken. De todas formas, los cinco coches patrulla con radio únicamente pueden recibir comunicaciones, ninguno de ellos tiene instalada una estación emisora, así que en la Central nunca saben si han recibido sus mensajes o no.

—Uno Peter —amenaza de nuevo la voz—. Cuando lleguen al lugar señalado, hagan el favor de comunicarlo.

—Condenados burócratas —dice Stave—. Ahora tendremos que buscar un teléfono. ¿Adónde vamos, por cierto?

Ruge frena bruscamente porque un Jeep británico se les acerca dando bandazos. El agente le cede el paso y saluda al soldado que conduce, aunque este ni siquiera lo mira al pasar de largo levantando una estela de polvo en el aire seco.

—A Baustrasse, en Eilbek —responde el municipal—. Está...

—Junto a la estación de Landwehr. La conozco. —Stave se pone de peor humor—. En todo Eilbek no queda ni una sola

casa entera. ¿En qué están pensando esos idiotas? ¿Cómo vamos a avisarlos? ¿Por paloma mensajera?

Ruge carraspea.

—Lamento mucho tener que comunicarle que no podremos llegar hasta Baustrasse con el coche, inspector jefe.

—¿Ah, no?

—Demasiados escombros. Los últimos doscientos o trescientos metros tendremos que hacerlos a pie.

—Fantástico... —masculla Stave—. Espero que no pisemos ningún proyectil sin estallar.

—El lugar de los hechos ha estado muy frecuentado últimamente, allí ya no queda nada por estallar.

—¿El lugar de los hechos?

Ruge se sonroja.

—Donde han encontrado el cadáver.

—Entonces será el lugar del hallazgo —corrige Stave, aunque se esfuerza por hablar en un tono conciliador. De pronto está más animado. Se olvida del frío y de los escombros y de las figuras fantasmagóricas que recorren las calles—. ¿Por casualidad no sabrá con qué vamos a encontrarnos?

El joven asiente con ganas.

—Estaba en la Central cuando ha llegado el aviso. Unos niños jugando... A saber a qué andarían jugando a esas horas, aunque tengo mis sospechas. En fin, el caso es que esos niños han encontrado un cadáver. Una mujer joven y... —Ruge vacila, vuelve a ponerse rojo—. Bueno, desnuda.

—Desnuda a veinte bajo cero. ¿Ha sido esa la causa de la muerte?

El municipal se ruboriza más aún.

—Todavía no lo sabemos —murmura.

Una mujer joven, desnuda y muerta: a Stave le invade el presentimiento de que le espera un caso desagradable. Desde que el director de Investigación Criminal, Breuer, lo ascendió hace unos meses a jefe de un pequeño grupo de investigadores, Stave ha trabajado en varios casos de asesinato, pero esto tiene

pinta de ser peor que una cruenta pelea de navajas en el mercado negro o que el crimen pasional de un soldado que regresa a casa.

Ruge tuerce a la izquierda y sigue por Landwehr Strasse. Después se detiene ante los restos de unas vías que la cruzan.

Stave baja y mira alrededor. Está helado de frío.

—El hospital Marienkrankenhaus no queda muy lejos —dice—. Seguro que tienen teléfono. Irá usted a llamar allí en cuanto me haya acompañado al lugar del hallazgo.

Ruge da un taconazo. Una muchacha que tira de una carretilla cargada con un tocón de árbol despedazado se los queda mirando a ambos con desconfianza. Stave ve que tiene los dedos hinchados por el frío. Cuando ella se da cuenta de que la observa, levanta más la carretilla y aprieta el paso.

Stave y Ruge cruzan las vías: gravilla, piedritas unidas en grandes terrones a causa del hielo. Los raíles destrozados por las bombas parecen extrañas esculturas. Más allá, Baustrasse, de la que como mucho se adivina una línea fronteriza de bloques de pisos incendiados y sin tejado cuyos muros negros se extienden a lo largo de cientos de metros. Aun ahora, después de tantos meses, se sigue percibiendo el olor acre a madera y tela quemada.

Dos agentes municipales patean el suelo y dan palmadas para ahuyentar el frío mientras aguardan frente a un muro de tres pisos de altura que, inclinado, parece que vaya a derrumbarse con el primer ataque de tos y aplastarlos a ambos.

Stave no alza la voz, solo levanta una mano para saludar y avanza con cuidado por los cascotes. Al menos ahí no tiene que molestarle en disimular la cojera. No hay forma de dar un paso firme por ningún lado.

Uno de los dos municipales saluda llevándose la mano derecha al chacó y señala a un lado con la izquierda.

—La víctima está junto al muro.

La mirada de Stave sigue la mano extendida del agente.

—Mal asunto —masculla.

## La víctima sin nombre

Una mujer joven, Stave calcula que tiene entre dieciocho y veintiún años, un metro sesenta de estatura, pelo rubio oscuro, media melena, ojos azules que miran a la nada.

—Es guapa —susurra Ruge junto al inspector jefe.

Stave mira al municipal hasta incomodarlo, pero entonces vuelve su atención de nuevo hacia el cadáver. No tiene sentido avergonzar al joven agente, que solo pretende ocultar su miedo.

—Vaya al hospital y haga esa llamada —ordena. Después se agacha junto a la víctima con cuidado de no tocar el cuerpo, ni tampoco los cascotes sobre los que yace.

Ni hecho a propósito, piensa de pronto Stave. La víctima está bien oculta, al abrigo tanto del muro como de los altos montones de ladrillos que la rodean. El cadáver, por lo que ha podido constatar, está casi intacto; ni siquiera tiene arañazos o hematomas, las manos están perfectas. No se defendió, piensa. Además, no son manos curtidas por el trabajo. No es una «mujer de los escombros» que se haya dedicado a recoger cascotes, no ha limpiado mucho, no era una trabajadora.

Su mirada recorre lentamente el resto del cuerpo. Vientre plano con una marca a la derecha: la vieja cicatriz ya bien curada de una operación de apendicitis. Stave saca su cuaderno y hace una anotación. Solo en el cuello de la víctima encuentra una señal, una línea de un rojo oscuro sobre la piel macilenta, de apenas tres milímetros de grosor, que rodea todo el cuello a la altura de la laringe, más marcada por la izquierda que por la derecha.

—Parece que la han estrangulado. Puede que con un lazo fino —les dice Stave a los dos agentes ateridos mientras sigue anotando todo lo que observa—. Miren a ver si encuentran algún alambre por las inmediaciones. O un cable.

Los dos se ponen a rebuscar entre las ruinas con desgana. Así Stave se los ha quitado de encima por el momento, aunque no cree que ninguno de los dos vaya a encontrar nada. Unas franjas oscuras sobre la escarcha, que por desgracia han pisoteado los descuidados agentes, parecen indicar marcas de arrastre. Seguramente el autor de los hechos arrastró a su víctima hasta allí después de haberla matado en algún otro sitio.

—Bonito cadáver —dice alguien a su espalda. La voz áspera de un fumador empedernido. Stave no tiene que volverse para saber a quién tiene detrás.

—Buenos días, doctor Czrisini —saluda, y se pone de pie—. Me alegro de que haya llegado tan pronto.

El doctor Alfred Czrisini —pequeño, calvo, grandes ojos oscuros tras unos lentes de concha redondos— no se molesta en quitarse de sus labios azulados el cigarrillo Woodbine, británico, que está fumando.

—Por lo que veo, no hacía falta que me diera tanta prisa —murmura—. Un cadáver desnudo con este frío... Podría haberme entretenido un par de horas más.

—Está bien congelada.

—Mejor que en la morgue. No será fácil determinar la hora de la muerte con exactitud. Hace seis semanas que no hemos pasado ni una sola vez de los diez bajo cero. Teóricamente, podría llevar días aquí tirada y, aun así, parecer fresca como una rosa.

—En su estado, yo no diría que está fresca como una rosa —protesta Stave, y mira alrededor.

Antes, Baustrasse formaba parte de un barrio humilde: decenas de edificios de apartamentos de cinco pisos, bien cuidados, ladrillo visto rojo oscuro, árboles en las aceras. Allí vivían

trabajadores, artesanos, comerciantes. Todo destruido. La mirada de Stave encuentra muros dinamitados, tocones de árboles carbonizados, montañas de despojos. Solo al final de la calle, a la derecha, se alza el hogar infantil Mathias-Stift, pintado de amarillo y perdonado por las bombas como de milagro.

—Dos chiquillos del orfanato han encontrado el cadáver —dice uno de los municipales, que ha vuelto a acercarse con curiosidad y ha interpretado correctamente la mirada del inspector jefe.

Stave asiente con la cabeza.

—Bien, enseguida los interrogaré. Y eso, doctor, le simplifica mucho la cuestión de la hora de la muerte. Si esta mujer llevase mucho tiempo aquí, los chavales del orfanato ya la habrían encontrado hace días.

Le cae bien el forense, que a causa de su apellido —que se pronuncia «Chisini»— ha tenido que aguantar interminables burlas. En los años posteriores a 1933 fueron sobre todo insinuaciones por el origen polaco de su apellido, y en cierto modo amenazadoras. Czrisini trabaja rápido, es un solterón cuyas únicas pasiones conciernen a los cadáveres y los cigarrillos.

—¿Piensa usted lo mismo que yo? —pregunta el médico.

—¿Una violación?

Czrisini asiente.

—Joven, guapa, desnuda y muerta. Todo encaja.

Stave balancea la cabeza.

—Con veinte bajo cero, hasta el violador más enajenado temería por la integridad de su instrumento. Por otra parte, también puede que la agredieran en un lugar caldeado. —Señala las marcas de arrastre—. Seguramente la han traído aquí para deshacerse de ella.

—En cuanto la tenga en la mesa de autopsias, no tardaremos en saber más —responde el forense con alegría.

—Salvo su nombre —murmura Stave. ¿Y si el criminal no ha desnudado a su víctima solo por placer asesino? ¿Y si ha sido un cálculo frío? Una mujer desnuda en mitad de un solar en ruinas



donde hace años que no vive nadie—. No será nada fácil identificarla —presagia.

Poco después se presenta el experto en pruebas, que también es el fotógrafo de la Policía; en Investigación Criminal faltan profesionales formados. Stave señala las marcas de arrastre. El fotógrafo se inclina sobre el cadáver. Cuando el *flash* se dispara, Stave ve de pronto ante sí los fogonazos de las baterías antiaéreas de las afueras de la ciudad, así como las deslumbrantes antorchas que caían lentamente al suelo en paracaídas y con las que los primeros aviones británicos marcaban los objetivos a los bombarderos que los seguían. Aprieta los párpados un instante.

—No se olvide de las marcas de arrastre —insiste.

El fotógrafo asiente sin decir nada; la orden ha sonado más brusca de lo que él pretendía.

Por último, pide que le traigan a los niños que han encontrado a la víctima. Ninguno de los dos pasa de los diez años; flacos, pálidos, labios azulados. Están temblando, seguramente no solo de frío. Huérfanos. Stave se plantea por un momento hacer de policía malo, pero enseguida se decide por lo contrario. Se inclina hacia ellos y les pregunta con simpatía cómo se llaman, luego les promete que no los castigarán por haberse escapado a explorar tan temprano por la mañana.

Cinco minutos después tiene conocimiento de todo lo que se puede saber acerca del caso: los dos críos se han escapado antes del desayuno para ir a buscar entre los escombros cartuchos de ametralladora y vainas brillantes de proyectiles antiaéreos. Casi todos los días algún niño acaba mutilado en algún rincón de la ciudad porque ha encontrado munición sin estallar entre las ruinas. De nada sirve regañarlos, no obstante. Stave todavía recuerda bien su propia infancia. ¿No habría buscado él todas esas reliquias con la misma fascinación? ¿No habría sido inútil que un adulto quisiera prohibirle esas aventuras? Antes de terminar, les pregunta a los muchachos si salen muy a menudo de

expedición. Un silencio tímido, después una negativa vacilante con la cabeza: no, dicen que era la primera vez. Tampoco es probable que ningún otro niño se haya atrevido a hacerlo, porque el hogar infantil Mathias-Stift ha reabierto hace pocos días. Stave apunta los nombres de los chiquillos y luego los manda de vuelta al orfanato.

—Mierda, qué mala suerte que estén en el barrio desde hace tan poco —masculla vuelto hacia el forense, que supervisa a los dos operarios que meten el cadáver en un féretro.

—O sea que no hay ningún testigo que afirme que la desconocida fue depositada aquí anoche. Tendrá que atenerse usted a mis resultados. —El doctor Czrisini lo dice con sobriedad, pero, aun así, en su tono resuena cierto triunfalismo.

Stave le dirige una mirada interrogante al experto en pruebas. El hombre va trazando círculos cada vez mayores alrededor del lugar del hallazgo.

—Nada —le hace saber el fotógrafo, alzando la voz—. Ni un pedazo de tela, ni una colilla, ninguna huella dactilar. Tampoco hay pisadas ni alambre, si bien aún tenemos que peinar todo el solar.

En ese momento llega Ruge tropezando por encima de una montaña de cascotes. Le falta el aliento.

—Esos malditos médicos de Marienkrankenhaus... —empieza a decir.

—Ahórremelo —lo interrumpe Stave, y hace un gesto cansado con la mano—. ¿Ha podido llamar a la Central o no?

—Sí, tras algunas discusiones. —En la voz del joven agente todavía resuena la indignación.

—¿Y bien?

El municipal lo mira con sorpresa durante un momento, luego comprende.

—Tenemos..., es decir, tiene usted que presentarse ante el señor Breuer enseguida, en cuanto haya acabado aquí su trabajo.

Stave guarda silencio. Carl *Cuddel* Breuer es el director de Investigación Criminal desde hace un año. Tenía cuarenta y seis

cuando los británicos lo ascendieron, demasiado joven para el cargo. En la época nacionalsocialista lo consideraban socialdemócrata, y en 1933 incluso llegó a desaparecer durante una temporada en el campo de concentración de Fuhlsbüttel, pero después de eso lo dejaron en paz. Un hombre que mantiene el departamento limpio de nazis y que al mismo tiempo obliga a sus agentes a comprometerse con el rigor y la profesionalidad. Stave se pregunta por qué lo mandará llamar Cuddel justo al principio de las diligencias de la investigación; no parece propio de él. Debe de ser algo gordo, piensa. Pero ¿el qué? En voz alta, a Ruge solo le dice:

—Antes buscaremos un poco más por aquí. Ya iremos a la Central más tarde.

El inspector jefe gira despacio sobre sus talones: ruinas, allá donde mire. Solo del otro lado de las vías, a unos cuantos cientos de metros y discernible apenas en la tenue luz del amanecer, un cubo de hormigón. El búnker de Eilbek. Un monolito de siete pisos de alto, paredes de hasta seis metros de grosor. Alrededor de siete docenas de esos búnkeres elevados mandaron construir los nazis durante la guerra como única protección para unas diez mil personas contra la tormenta de bombas. Ahora son fortalezas casi indestructibles, sin ventanas, alojamientos provisionales para quienes perdieron sus casas en los bombardeos, desplazados, náufragos. Nadie sabe con exactitud cuántas personas malviven allí, en ese aire sofocante, sin espacio, entre el ruido, la suciedad y el hedor.

—Nadie habrá visto nada desde las ventanas, eso seguro —farfulla el municipal, que ha seguido la mirada de Stave.

—Si yo tuviera que vivir en esa cueva —dice este—, solo me arrastraría allí dentro para dormir y pasaría el resto del tiempo respirando aire fresco, aunque fuese con esta temperatura.

Ruge ya sospecha cuáles son los planes del inspector jefe.

—Podemos acercarnos con el coche hasta casi delante del bloque —propone sin demasiado entusiasmo.

—Bien —contesta Stave—. Vayamos a ver qué nos cuentan los ocupantes del búnker.

Dan media vuelta por los escombros hasta llegar al otro lado de las vías, después recorren cautelosamente con el coche las calles arrasadas: tardan casi un cuarto de hora en llegar traqueteando por los adoquines de la minúscula Von-Hein-Strasse, que casi parece asfixiarse bajo la mole de hormigón. Stave baja del Mercedes y examina los alrededores. Junto al búnker hay ruinas; justo enfrente, dos talleres mecánicos milagrosamente intactos, del tamaño de dos barracas, cerrados a cal y canto porque no hay coches que reparar. Tras los talleres, un exiguo parque junto a un riachuelo donde la mayoría de los árboles han sido quemados hasta la raíz o talados para aprovechar la leña.

El viento del norte le sopla en la cara. Un hombre con una sola pierna cojea con sus muletas, avanzando contra el temporal, y desaparece en el interior del búnker. Stave lo sigue. La entrada tiene un tejadillo adosado al bloque, y en la puerta de acero ondea todavía el cartel con las instrucciones en caso de alarma aérea. Dentro, una escalerilla de caracol de acero y una atmósfera como de submarino: cargada, estancada, húmeda. El agua chorrea por el hormigón de las paredes, llenas de grietas. Apesta a sudor, desinfectante, ropa mojada, col, moho.

La escalera se interna en el búnker. El primer piso lo indica un mugriento uno escrito en números romanos con pintura blanca sobre una puerta de acero. Stave contempla el trazo tembloroso, la pintura medio levantada y corrida que, bajo la luz de la bombilla de quince vatios, parece una herida cicatrizada. Tras ella, unos tabiques hechos con tablones sin lijar han convertido toda la planta en un laberinto. Así compartimentan los ocupantes sus diminutos «apartamentos», cubículos que albergan a cuatro, seis o más personas aún. De unos clavos cuelgan capas para la lluvia y chaquetas mojadas. Un niño grita desconsoladamente en algún lugar.

—Yo me ocupo de este piso, usted del de arriba —le ordena Stave al municipal—. Y así nos vamos turnando hasta haber peinado el búnker entero. Pregunte a todo el mundo si ha visto algo en las inmediaciones del lugar del hallazgo. Por muy trivial que haya sido. Y no se interese solo por las últimas veinticuatro horas, sino también por los días anteriores. Es posible que la víctima lleve más tiempo ahí. Si alguien se niega a colaborar, muéstrese enérgico. A la gente de los búnkeres no le gusta hablar, y menos aún con la Policía.

Ruge sonríe, da un taconazo y se lleva la mano derecha a la porra. A Stave no se le escapa el detalle, pero no dice nada. Está cansado de hacer de niñera de municipales con exceso de celo.

El inspector jefe llama dando unos golpes en los tablones del primer compartimento. No hay respuesta. Aparta a un lado la tela mugrienta que cubre la entrada del cubículo. Una camilla de la Wehrmacht elevada sobre viejas cajas de fruta hace las veces de cama: ropa sucia en el suelo, un diploma de bachiller clavado en la pared, el papel amarillento y quebradizo. Sobre la sábana de la camilla está tumbado un joven demacrado, roncando. Stave lo zarandea de un hombro. El tipo protesta y se vuelve hacia la pared, pero no abre los ojos. Apesta a licor de destilación casera; está como una cuba. Stave le da un golpe fuerte en el hombro con la mano derecha, pero del joven durmiente no obtiene más que un gruñido. No hay nada que hacer.

Va hasta el compartimento vecino: está vacío. Luego al siguiente, donde da unos golpes en la madera áspera.

—¡Si buscas dónde quedarte, métete ahí al lado! —dice una voz ronca—. En ese ya no vive nadie. Pero que no te pille el administrador, y no hagas ruido.

—Investigación Criminal —anuncia Stave, y levanta el abrigo viejo y pesado que cubre la entrada. Es de tela impermeable; es posible que sea de un marinero.

En la pared contraria hay unas literas oxidadas sin colchones. Sobre la cama de abajo ve una manta arrugada; en la cabecera, una mochila hace las veces de almohadón. A la cama superior le falta la red metálica sobre la que normalmente descansaría el colchón. Un par de listones atravesados sobre el marco forman una especie de estantería en la que hay un petate tan repleto que Stave teme que las maderas cedan bajo su peso y toda la carga acabe cayendo sobre la cama de abajo. Delante del camastro hay un viejísimo sillón de sala de estar; el estampado de la tapicería se ha desgastado hasta adoptar colores indefinibles y tiene la parte posterior cubierta de hollín: un botín saqueado de alguna casa bombardeada.

En el sillón hay un hombre sentado al que el inspector jefe, a primera vista, echa unos setenta años. Después lo mira mejor: puede que cincuenta. Pelo gris hielo sin lavar desde hace semanas. Las greñas grasientas le llegan hasta los hombros, sobre los que una corona de caspa blanca brilla como la nieve contra el azul oscuro del jersey de gruesa lana azul marino. Viste pantalones oscuros y grandes botas de trabajo con punteras de hierro. Un hombre que en su juventud debió de ser grande y fuerte: sus músculos, que todavía imponen, quedan medio ocultos bajo una piel flácida y arrugada. Ojos azules, cejas pobladas, una cicatriz como de un dedo de ancho que, desde la comisura izquierda de la boca, le cruza la mejilla y el cuello hasta llegar a la oreja. Va arremangado a pesar del frío, y en el antebrazo se distinguen varios tatuajes azules: un ancla, una mujer desnuda, una palabra que Stave no llega a reconocer. Un marinero varado en tierra, piensa el inspector jefe. Se lleva la mano derecha a la empuñadura de la pistola mientras, con la izquierda, saca su identificación de la Policía.

—Anton Thumann —dice el hombre, pero no se levanta. En el compartimento no hay más lugar para sentarse que la litera, y Stave no piensa acomodarse en ella. De modo que, de pie, explica que han encontrado el cadáver de una mujer en las inmediaciones.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —lo interrumpe Thumann aun antes de que haya acabado.

—¿Ha pasado por Baustrasse estos últimos días? ¿O por la estación de Landwehr? ¿Ha habido algo que le llamara la atención?

—Casi nunca salgo. Hace demasiado frío. Permanezco en este búnker como si estuviera hibernando. Cuando el puerto se descongele y los ingleses por fin nos dejen hacernos a la mar otra vez, me largaré de aquí. Hasta entonces, me quedo metido en este agujero e intento moverme lo menos posible.

Steve describe a la víctima lo mejor que puede.

—¿La conoce?

Thumann suelta una risa seca.

—He conocido a muchas mujeres jóvenes y desnudas. Baratas y no tan baratas. Por como la ha descrito, podría ser cualquiera de ellas.

El inspector jefe respira hondo a pesar de lo enrarecido del aire.

—¿No vive aquí ninguna joven que responda a esa misma descripción? ¿Melena de tono rubio oscuro, ojos azules, unos veinte años?

Una risotada, después un gesto negativo de la cabeza.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Soy feliz cuando no tengo noticia de los demás. Dos compartimentos más allá vive una piltrafa humana de pocos años. Está borracho noche y día. Aquí al lado, un tuberculoso que tosió hasta palmarla. Después de eso, hará un par de semanas, apareció toda una familia. Ninguno de ellos hablaba una palabra de alemán. Seguramente eran franceses. Desplazados de algún campo, tal vez. No intercambié ni una frase con ellos, pero los oía cuchichear entre sí. Las paredes son muy finas. Un día se presentó aquí uno de sus compañeros y se llevó a toda la cuadrilla. Ahora el cubículo vuelve a estar libre. Seguro que no tarda mucho en arrastrarse alguien ahí dentro, aunque a mí qué más me da... Todas las noches hay una mujer que chilla como si le estuvieran cortando una mano. Es horrible.

Pero ¿cree usted que sabría decirle quién suelta esos gritos? ¿O de qué compartimento vienen? Ni la menor idea. Y en los pisos de más arriba no he estado ni una sola vez. ¿Para qué? Aquí no conozco a nadie, no me interesa ir husmeando detrás de nadie, ni siquiera de una ratita joven y rubia. Yo solo quiero que me dejen en paz, y eso ya me cuesta lo mío.

—Gracias por la información —dice Stave, y sale del compartimento sin despedirse.

Una hora después vuelve a reunirse con el agente Ruge ante la entrada del búnker. Necesita respirar aire fresco.

—Jamás hubiera dicho que este condenado temporal siberiano me sentaría tan bien —dice, y se sacude el abrigo. Tiene la sensación de que el hedor de la desesperación y la dejadez se le han pegado a la ropa.

También Ruge está pálido, algo sudado, cansado.

—Gente de búnker... —jadea, como si eso lo explicara todo.

El inspector jefe asiente con la cabeza. A esas guaridas de hormigón han ido a parar los proscritos, los derrotados, los abandonados. Todo el que todavía siente un poco de fuerza en su interior encuentra la forma de salir de ahí al cabo de un tiempo. Prefiere construirse un refugio de cartón y cascotes entre las ruinas a dejarse enterrar en vida bajo seis metros de hormigón armado.

—Acabo de sorprender a un viejo —comenta Stave— arrancando dos papeles de la pared del compartimento de su vecino dormido. Dos dibujos infantiles. Cuando he hablado con él, se ha limitado a decirme que odia todo lo que sirva para embellecer el búnker. Es una locura.

—Nadie dice haber visto nada en las ruinas de ahí delante —informa Ruge—. Nadie ha ido por allí estos últimos días. Nadie ha visto nada sospechoso. Nadie conoce a ninguna mujer joven. Cómo me gustaría detener a toda esa chusma...

—Ya están en una cárcel —responde Stave, cansado, y da unos golpes en la pared de hormigón—. A mí tampoco han podido



decirme nada decente. Y les creo. La verdad es que ya casi nadie se asoma por esta puerta.

—Pues entonces parece que no tenemos ningún testigo, inspector jefe.

La mañana ha ido avanzando. Stave tiene hambre y está cansado. Qué bien, piensa, no tener que ir a pie.

Ruge conduce el Mercedes esquivando montones de escombros. El pesado coche traquetea a causa de los baches y Stave tiene que agarrarse para no resbalar en el asiento.

—Disculpe —masculla el municipal, que se concentra en el volante con obstinación—. Enseguida habrá pasado lo peor.

Lo cierto es que tanto en el casco antiguo como en la ciudad nueva hay algunas calles principales que ya están despejadas. Stave se reclina en el asiento y cierra los ojos hasta que se detienen frente a la Central de Investigación Criminal.

La torre de oficinas de Karl-Muck-Platz es un coloso de ladrillo de once plantas construido en los años veinte con mampostería de un rojo oscuro y ventanas blancas, modernas y sin adornos. Antes era la sede de una aseguradora, pero tras la guerra se instaló allí la Brigada de Investigación Criminal. La mayoría de los agentes no tienen en mucha estima el bloque, aunque sí agradecen que esté prácticamente intacto. En Hamburgo no quedan muchas ventanas que cierren bien. A Stave, sin embargo, la torre le gusta porque es todo lo contrario a la alegre y pomposa sala de conciertos neobarroca que se alza al otro lado de la plaza, como si Investigación Criminal quisiera contraponer la severidad y la corrección de la Policía a la frívola ligereza del arte.

Con un gesto sobrio, el inspector jefe se despide de Ruge y baja del Mercedes. En la fachada de la torre, diez sólidos pilares cuadrangulares sostienen una especie de pórtico. En su techo, unos azulejos esmaltados en azul, blanco y amarillo forman un diseño alegre, notas de color escondidas en una ciudad gris. También decoran el exterior del edificio escudos de armas y

figuras alegóricas de cerámica, además de un elefante de bronce de tres metros de alto que ni siquiera las brigadas de aprovisionamiento de los nazis se atrevieron a fundir durante la guerra y al que los de Investigación Criminal llaman *Anton*. Sobre la entrada principal se cierne una joven que sostiene una carabela esmaltada en dorados, marrones, azules y blancos. «La novia del marinero», la llaman algunos agentes, o «la puta del puerto», si están de mal humor.

Stave no tiene ni idea de qué podría simbolizar esa figura en un principio. Cruza la puerta de doble batiente que lleva a la Central de la Brigada de Investigación Criminal, tan alta que por ella podría pasar un velero. Sube cojeando la escalera, en la que un sinfín de pequeñas teselas marrones, rojas, blancas y negras forman cenefas. No hay día que no piense en la piel de una gigantesca serpiente cuando las pisa.

Por fin ha llegado: sexta planta, despacho 602.

En la antesala, medio oculta tras una enorme máquina de escribir negra, Erna Berg está sentada en una silla que amenaza con desmontarse en cualquier momento. Stave saluda a su secretaria y se esfuerza por sonreír. Que esa mañana haya visto una muerta desnuda no es razón para mostrarse enfadado. Erna Berg le cae bien. Rubia, alegre, ojos azules, siempre optimista, algo rellenita. A saber cómo conseguirá conservar tanta carne sobre las costillas a pesar de las míseras porciones de las cartillas de racionamiento.

Rebosa energía aunque es viuda de guerra: en 1939 se casó a toda prisa con un soldado al que destinaban al frente; el hijo llegó un año después. No dio a su marido por desaparecido hasta 1945, cuando algunos camaradas que regresaban a casa le explicaron que había muerto. De todos modos, como el dato no ha podido comprobarse, no recibe ninguna pensión de viudedad. Stave sabe que su hijo y ella no viven únicamente de su escaso sueldo de secretaria de Investigación Criminal, sino que de vez en cuando también se saca algún dinero con el estraperlo. Él hace la vista gorda.